



Carlos Matera e Isabel Arjona

Marlon

El camaleón daltónico

Ilustraciones de Matt

ANAYA

Carlos Matera e Isabel Arjona

Marlon

El camaleón daltónico

Ilustraciones de Matt

ANAYA



1.ª edición: abril de 2018

© Del texto: Isabel Arjona y Carlos Matera, 2018
© De las ilustraciones: Carlos Matera (Matt), 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2018
Basado en una idea original de Carlos Matera (Matt) © 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-3495-4
Depósito legal: M-4306-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía
de la lengua española* publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para todos los valientes
que se atreven a mostrarse
tal como de verdad son.*

Índice



1. La boda perfecta	9
2. Colores equivocados	21
3. <i>Tutti frutti</i>	43
4. La mosca del valor	55
5. ¿Cuál es tu problema?	83
6. Zsa Zsa	95
7. Hojas de ceiba	104
8. La noche de «El Frondoso»	137
9. La bruma morada	151

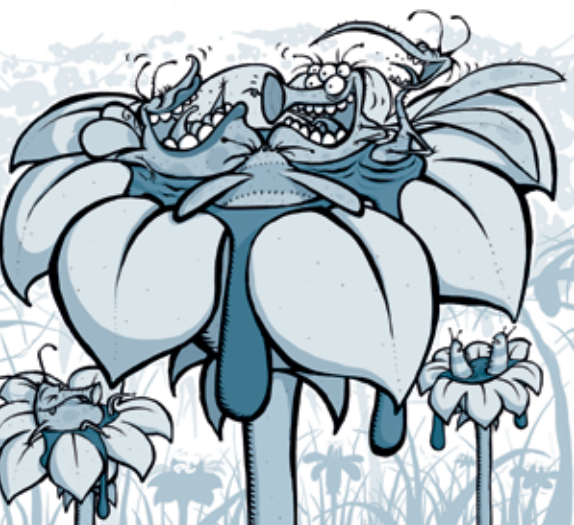
Capítulo 1

La boda perfecta

Hay un lugar donde la selva comienza a hacerse más húmeda y espesa, donde crecen sin parar miles de plantas y flores enredándose unas con otras, haciendo que sea casi imposible entrar allí. En ese sitio, donde se mezclan todos los colores del mundo, viven millones de insectos de los más variados tipos, tamaños y formas: mosquitos espadachines, mariposas gigantes con seis antenas, moscas trompeteras de cien ojos y hasta orugas peludas de dos cabezas. Todos ellos disfrutan diariamente de un bufet libre infinito. Devoran los pétalos más tiernos, las plantas más sabrosas y crujientes, y nunca les faltan deliciosas frutas para el postre. Después, con la tripa bien llena, hacen la diges-



tión bañándose dentro de flores inundadas de néctar a modo de *jacuzzi*. Allí comparten interminables tertulias, en las que hablan de cosas de bichos, hasta que se les vuelve a abrir el apetito. Así viven completamente



felices en este «resort de lujo» para insectos, creyéndose los dueños absolutos del lugar, sin sospechar ni remotamente cuánto se equivocan... Cuando más confiados están, en el momento más inesperado, una pegajosa y larga lengua surge de la nada y, como si fuera un látigo,

los atrapa y los hace desaparecer. Lo último que podrían imaginar esos incautos bichos es que conviven con una comunidad de camaleones perfectamente camuflada que los tiene de plato principal en su menú. Estos ingenuos insectos no saben que viven en Villa Camilion.

Los camaleones de la villa son tan pero tan buenos mimetizándose con el paisaje que llegan a alcanzar la invisibilidad absoluta. Hasta el punto de que si dos de ellos tienen una cita en una rama, aunque ambos acudan puntualmente, lo más normal es que nunca se encuentren. Y no solo son buenísimos camuflándose, sino que además esa capacidad suya de adaptarse al entorno también es la característica principal de su forma de ser. Se acomodan de inmediato a los cambios con una naturalidad apabullante,

por lo que para ellos nunca nada es un problema. Si hay tormenta, disfrutan la lluvia con alegría porque ¡es el momento perfecto para tomar una ducha! Si se clavan una espina, deciden que ¡algo de acupuntura nunca viene mal! Pase lo que pase, se adaptan a ello y siempre con una sonrisa. Tal como hizo el camaleón cartero de la villa. Iba repartiendo correspondencia por la colina cuando le cayó encima una gruesa rama aprisionándole la pata. ¡Ni por un instante se planteó liberarse! Apenas se dio cuenta de que estaba atrapado bajo aquel pesado leño, entendió que tenía que quedarse allí. Unos camaleones que pasaban por el lugar, con su permiso, le quitaron la saca de cartas para completar el reparto y se despidieron de él sin más. Aquel día, el camaleón cartero no volvió a su casa, ni el siguiente, ni semanas ni meses después. Allí se quedó, tumbado en la colina, con su pata atrapada y



comiendo cualquier bicho que se le pusiera a tiro. Ni él ni nadie se preocupó por ello. Esa es la naturaleza de los camaleones de Villa Camilion, aceptan las cosas tal como vienen y nunca dejan de sonreír. Es también así como se comportan socialmente: siempre se dan la razón unos a otros, jamás se llevan la contraria, se hacen la pelota sin parar y ni se les ocurre discutir sobre ningún tema. De este modo viven en permanente estado de cordialidad, sin ninguna preocupación ni el más mínimo sobresalto.

Amanece en Villa Camilion. Un importante acontecimiento está a punto de celebrarse. Cientos de camaleones desfilan por las lianas y las ramas de los árboles en dirección a la orilla de la charca. Llevan puestas sus mejores galas. Ellas lucen enormes pame-las hechas con pasifloras, hibiscos y plumarias de brillantes colores; ellos, unas pequeñas pajaritas de hojas de helecho. A medida que se van acercando al lugar, la bruma del alba se disipa y descubren que allí se encuentra un altar totalmente blanco, revestido de orquídeas, gardenias y pétalos de jazmín. Una preciosa camaleona, que lleva en su cabeza un tocado hecho con las mismas flores, acompañada de su novio y llena de ilusión, aguarda el comienzo de su boda con una sonrisa incamuflable. A su derecha, se encuentran los padrinos, y un poco más allá, las tres camaleonas del coro; dos de ellas muy gordas y una muy flaca, que van mimetizadas del mismo blanco jazmín. Suavemente comienzan a entonar la clásica canción de boda camaleónica acompañadas, como es costum-

bre, por un músico camaleón que toca una cala trompetera¹.

El más anciano de la villa preside la ceremonia. Es un camaleón más arrugado que una pasa, con una papada tan grande que en cuanto empieza a hablar le tiembla sin parar y no hay forma de dejar de mirarla, lo que hace muy difícil concentrarse en sus sabias palabras.

—La sagrada naturaleza nos dio el don de copiar los colores, y así nos dijo cómo vestirnos para cada ocasión.

Solo ha hecho falta que el anciano pronuncie una palabra para que todos los camaleones dejen de hablar y le atiendan en absoluto silencio.

—En la vida de un camaleón, todas las circunstancias son buenas: «Amor y dolor son del mismo color».

En ese momento, uno de los camaleones invitados, desde el fondo, da un grito de aviso:

—¡Bicho!

Automáticamente la música se detiene, el coro deja de cantar y todos los camaleones se camuflan.



¹ *Cala trompetera*: Instrumento de viento que florece en primavera. La melodía que produce esta flor al soplar por su tallo es muy suave y armoniosa. Su sonido siempre está presente en las bodas camaleónicas, es una tradición muy arraigada en Villa Camilion, no se concibe una boda sin ella.

Dado que estas flores brotan solo la cuarta semana de marzo, durante esos días en la villa no se hace otra cosa que celebrar ceremonias nupciales.



Una mariposa sobrevuela la ahora invisible multitud camaleónica. Aletea tranquilamente cuando contra ella impacta, como un látigo, una lengua larga y pegajosa que la atrapa. Inmediatamente se hacen visibles todos los camaleones, el coro vuelve a cantar, el músico trompetero reanuda su melodía y uno de los invitados disfruta masticando al infeliz insecto.

El viejo camaleón retoma su discurso:

—Porque si el camino es del bonito color de las rosas, rosa será. Pero si es negro..., ¡siempre será del más bonito negro!



De pronto, algo sacude los arbustos que bordean la charca. Alertados por ese extraño bamboleo de la vegetación, detienen de nuevo la música y vuelven a camuflarse desapareciendo de la vista... Por detrás de esas plantas, se dibuja la silueta de una inmensa serpiente que se detiene unos segundos y luego sigue su camino.

El anciano orador, al ver que la víbora se aleja, reanuda su discurso, aunque susurrando y sin reaparecer de momento. El coro sigue con su canción, pero entonándola bajito. Poco a poco, todos los camaleones vuelven a aparecer.

—La vida tiene muchos matices y todos bonitos son. Disfrutar de cada uno de ellos es nuestra misión, y hacerlo acompañados, por supuesto, es mucho mejor... Tamarinda, Romualdo, podéis ponerlos los anillos.

—... Vaya..., los anillos... —susurra el novio.

—Cariño, ¿los has olvidado? —pregunta la novia sin perder ni por un momento la sonrisa.

—Los llevaba puestos en la cola y...

—Romualdo, ¿me estás diciendo que has perdido los anillos con los que se casaron mi bisabuela, mi abuela y mi madre...? —dice a la vez que le mira con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cómo puedes ser tan despistado...? Me encantas...

El público suspira y aplaude. El anciano continúa.

—Aquí reunidos, con toda la comunidad de Villa Camilion como testigo...

En ese momento, se oye un estrepitoso trueno, comienza a soplar un fuerte viento de tormenta y a llover copiosamente.

—¡Uy! Lluvia... —dice la novia con su sonrisa inalterable.

El viejo camaleón, impasible ante las circunstancias, continúa como si nada, aunque eleva la voz para que se le escuche.

—¡TAMARINDA! ¡ROMUALDO!... ¡ROMUALDO! ¡TAMARINDA!, ¿DESEÁIS VIVIR JUNTOS PARA SIEMPRE?

Ambos asienten con la cabeza entusiasmados, a la vez que el temporal arrecia de tal manera que el viento

se lleva volando el tocado de flores de la novia, parte del altar y a la camaleona flaca del coro. El anciano, agarrado fuertemente con un brazo y la cola a lo que queda del altar, con su papada ondeando al viento, ahora grita para hacerse oír.

—¡PODÉIS MIMETIZAROS!

Los novios se cogen de la pata y, en ese momento, ambos se ponen del mismo color.

—¡UNIDOS POR UN MISMO COLOR..., DE AHORA EN ADELANTE, CAMINARÉIS JUNTOS Y MIMETIZADOS PARA SIEMPRE!

Mientras tanto, la charca, a causa de la torrencial lluvia, se desborda y comienza a inundarlo todo. A los camaleones rápidamente les llega el agua a la cintura y la corriente se lleva a muchos de ellos.

La novia, con sus telescópicos ojos, pintados con esmero para la ocasión, mira con uno al viejo camaleón y con el otro a la tarta de boda de tres pisos que en ese momento pasa flotando sobre su bandeja.

El vendaval se vuelve tan fuerte que todos los camaleones que seguían la ceremonia desde las copas de los árboles salen volando. El viento enfurecido sopla ensordece-



dor, y el viejo camaleón, intentando acabar su discurso, se desgañita dando voces, aunque apenas se le escucha.

La novia, sin desdibujar la sonrisa de su cara, entre dientes, le pregunta a su futuro marido:

—CARIÑO..., ¿QUÉ HA DICHO? ¿YA ESTAMOS CASADOS?

—¡¿QUE QUÉ?!

Los pocos invitados que aún siguen la ceremonia permanecen aferrados a la parte alta de los arbustos que todavía no ha cubierto el agua.

La crecida ya casi tapa a una de las camaleonas gordas del coro, precisamente la más bajita, que ahora en vez de cantar hace gárgaras. La cala trompetera del músico, inundada, comienza a sonar con dificultad. Al anciano camaleón el agua ya le ha alcanzado la papada. ¡Y subiendo!, por lo que acelera su discurso.

—Y POR EL PODER QUE SE ME OTORGA, YO OS DECLARO ¡MARIDO Y glu, glu, glu...!

Y así, el más sabio camaleón de la villa, desaparece bajo sus burbujas ante la atenta mirada de los novios que, sin inmutarse, ven como se hunde por completo.

Uno de los invitados, arrastrado por el torrente de agua, se aleja de la ceremonia no sin antes alertar del avistamiento de un nuevo ¡BICHOOO!

Pese a las calamitosas circunstancias que están viviendo, los camaleones no dejan de camuflarse ante la aparición de un insecto, un bicho es un bicho.

Ahora es una mosca trompetera² la que intenta atravesar el lugar bajo la fuerte tormenta, pero, de repente, un tremendo relámpago lo ilumina todo y hace visible a los camaleones. La mosca, al verlos, grita aterrada y huye despavorida. Su agudo alarido alerta a la serpiente que, con el último destello de la luz del rayo, también los descubre y sale disparada hacia ellos.

La víbora irrumpe en la ceremonia provocando un súbito oleaje que lanza a los invitados por los aires. Finalmente, llega hasta el altar y, de un repentino bocado, se come al novio y se va.

Tamarinda, la novia, con su sonrisa imperturbable, se queda con la mirada perdida. A su espalda, se derrumba lo que queda del altar. Gregorio, el padrino que permanece a su lado, se le acerca.

—Tamarinda..., ¿y ahora? —dice mientras ella ve regresar flotando la bandeja con lo que queda del pastel de boda.

La novia, sin pensárselo, coge al padrino del brazo convirtiéndolo en su nuevo novio y le dice:

—... Ahora, «amor mío», ¡la tarta!

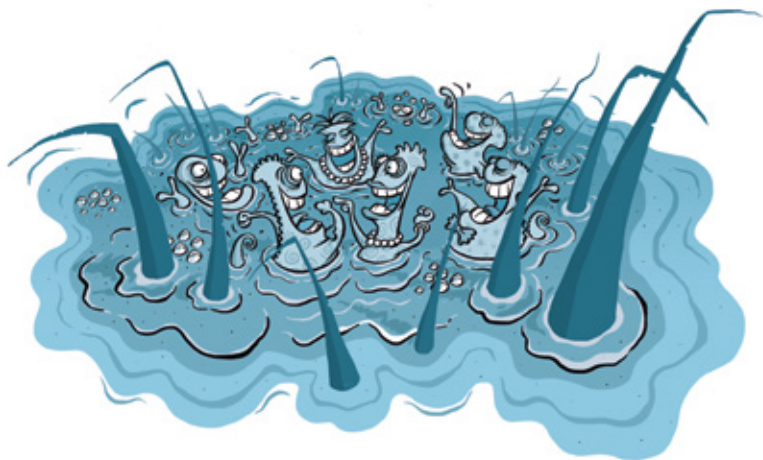
En ese momento, los pocos camaleones que han conseguido sobrevivir a la catastrófica boda gritan y aplauden entusiasmados.



² *Mosca trompetera*: Pequeño insecto volador que tiene por nariz una trompeta. Esta especie, alérgica al polen, estornuda al amanecer durante toda la primavera, provocando al hacerlo un estridente sonido. En esa época del año, son habituales sus ensordecedoras serenatas matinales que interpretan mientras sobrevuelan la selva.

—¡VIVAN LOS NOVIOS!

Y muy felices, chapoteando, se ponen a bailar a su alrededor y a comer tarta sin parar.



Así son los camaleones de Villa Camilion, igual que consiguen el camuflaje perfecto, se adaptan absolutamente a todo lo que ocurre.





Si eres camaleón y daltónico, tienes un problema. Eso le sucede a Marlon, confunde los colores y, al camuflarse, lo hace con estampados tan chillones que los bichos huyen despavoridos en cuanto lo ven, y así no consigue cazar ni una hormiga coja. Lo peor es que Zsa Zsa, una temible serpiente a la que le encanta zamparse camaleones, también podría verlo. Marlon vive muerto de miedo. No duerme, no come y, al menor descuido, ¡se lo van a comer a él!



1685214

ISBN 978-84-698-3495-4

**ANAYA**www.anayainfantiljuvenil.com